La contextura estética de "La Nave Trágica". Poema épico de Francisco de Contreras (1624)

Manuel Abad
Universidad de Córdoba

I

Consideraciones extraliterarias en torno a los relatos de naufragios[1]

Tras los hechos heroicos de Francisco de Almeida y Alfonso de Alburquerque, precursores del imperio lusitano en la India, una crisis profunda afectó a las estructuras básicas del sistema socioeconómico portugués. El afán de riquezas explotando el comercio de los productos orientales – en especial, la pimienta –, se convirtió para Portugal en una verdadera obsesión de la que muy pocos lograron escapar. Nobles y comerciantes, marinos y soldados, con algo de suerte y esfuerzo mínimo, luchaban por ganar un puesto en la administración de ultramar o un sitio en las empresas marítimas. En una sola expedición, en un solo viaje se decidía la fortuna del individuo. Por tanto, no podía desaprovecharse ninguna de las posibilidades que el azar les ofreciese.

También la propia morfología de los galeones comenzó a traducir los efectos de tan absorbente pensamiento. Los barcos crecieron en altura y ensancharon sus panzas. Lo que importaba era que la capacidad del navío aumentase. Se abandonó el mantenimiento de las naves, capitaneadas muchas veces por gente inexperta y de poca pericia, cuando no se equipaban pronto y mal. El desenfreno en la especulación condujo a sobrecargas que superaban los límites de seguridad. Pero, lo más grave fue que predominó la actitud indiferente hacia las normas que regulaban los períodos y rutas favorables. Alterada toda esta codificación, los buques empezaron a perder las excelentes cualidades que, tiempos atrás, les habían permitido a los portugueses afrontar las terribles tempestades del Índico y el temible paso del Cabo de las Tormentas. La llamada "carrera de la India" se transformó en una insaciable vorágine de vidas humanas.

Historia bien diferente es que toda esta fiebre de lucro produjera algunas de las más epopéyicas hazañas de la historia de Portugal y, a su vez, una literatura que no dudó en hiperbolizarlas. Y la consecuencia de todo esto fue que, desde mediados del siglo XVI, el número de naufragios aumentó. En ocasiones, ocurrían lejos de la costa: de la nave y sus tripulantes no volvían a tenerse noticias. Sin embargo, cuando los naúfragos, pocos o muchos, lograban salvarse, los pormenores del hundimiento, así como las penalidades sufridas por las persecuciones de fieras y salvajes, venían a conocerse con amplitud, dando origen a narraciones que se imprimieron de inmediato con gran aceptación popular.[2] Así fue como nació un género literario muy sig-

nificativo de estos acontecimientos: las *relaciones de naufragios*, no siempre cuidadas en su estilística, pero sorprendentes en todo momento por el realismo de sus descripciones, de entre las que vemos surgir los auténticos comportamientos humanos que el horror de las situaciones vividas desnuda al hombre de cualquier disfraz convencional.

El catálogo de estos relatos no es denso en número[3] y lo inaugura, precisamente, el titulado *Relaçao da mui notável perda de galeao grande "S. Joao", em que se contam os grandes trabalhos e lastimosas cousas que aconteceran ao capitao Manuel de Sousa Sepúlveda e o lamentável fim que ele e sua mulher e filhos e toda a mais gente houveram na Terra do Natal, onde se perderam a 24 de Junho de 1552*, discurso-crónica que adaptó Jerónimo de Corte Real en su texto *Naufragio e lastimoso sucesso da perdiçam de Manoel de Sousa* (Lisboa 1594), y que el español Francisco de Contreras también tansformó en materia poética, con el título *Nave trágica de la India de Portugal* (Madrid 1624).[4]

II

El relato de naufragios y la aceptación del género por el lectorado popular

La complejidad de un género de estas dimensiones conlleva, necesariamente, un conocimiento de la complejidad de motivos que los provoca. Los hay, sin duda alguna, de orden sociológico, sentimental, didáctico e ideológico. Pero, además de todos ellos, el estético, que se manifiesta por un cierto regusto hacia lo exótico y que no se debe marginar porque quizás sea el que lo dote de su peculiar autonomía y lo desvincule de la llamada "literatura viajera", género en el que se le ha querido incluir alguna que otra vez.

Pero, por obvios motivos de tiempo y espacio, no podemos adentrarnos en estas consideraciones total o parcialmente. Hasta nos obligaría a cuestionar si, en realidad, debe hablarse, tal como lo hace G. Lanciani, del "género de naufragios" y qué razones de índole poética son las que determinan su nacimiento.

Es evidente que existe un *corpus* de estas "relaciones", fijado en la cronología de los siglos XVI y XVII, con textos epigonales que penetran en el mismo Setecientos. Todos ellos están dotados de cierta homogeneidad, pues hay unos caracteres específicos que lo definen. No obstante, cierta crítica persiste en su negativa de considerarla épica independiente, prefiriendo que se evalúe como una expresión menor del género *crónica* (en el que Portugal tuvo nombres sobresalientes), o bien una modalidad de "literatura de viajes". También los hay quienes lo califican de "literatura de consumo", por tanto inferior, y próximo a lo que hoy estimaríamos como reportaje periodístico (*avant la lettre*).

De cualquier manera, es difícil negar que estos *relatos de naufragios* se presentan como una materia de reflexión y de análisis del momento histórico que le ha correspondido vivir y que, como sucede de tarde en tarde en las historias literarias, logran la atracción de un público mayoritario, sin menoscabo de las cualidades poéticas de sus contenidos.

Se ignora cuál era la tirada de estos opúsculos, pero se sabe que muchos se imprimían repetidas veces y que la primera edición de algunos se agotaba con rapidez. De la *relación* que cuenta la historia que nos ocupa, aunque se desconoce cuál fue la primera, apareció una en 1555 (que es cuando llegan a Lisboa las primeras noticias de los hechos narrados), sucediéndole otras en 1592, 1614 y 1633. Mil ejemplares parecía ser la tirada de los de más éxito, hecho importante cuando la media de un libro en Europa, en el siglo XVI, difícilmente superaba los 300.

El primer relato del género que, como sabemos, es el que hace referencia al suceso contado por el español Contreras, fue un acontecimiento que por su dramatismo tuvo que emocionar a la opinión pública lisboeta. La misma Lanciani aventura que su triunfo no estaría lejos del drama sicológico de Doña Leonor, la esposa de Manuel de Sousa, dama de alto linaje, que tras muchas vicisitudes, se dejó morir. Ya conocemos cómo el factor emotivo siempre rige en las clases populares y los viajeros del "San Juan" se los iban a proporcionar de manera desmesurada.

Por eso, insistimos, hasta es posible que el triunfo de estos relatos descanse en el alejamiento de la exaltación patriótica y del tono enfático empleado por los cronistas oficiales en argumentos parecidos. La crónica es una literatura de *elite*, que desde la vertiente consumista resulta económicamente superior y circunscrita a un público de poder adquisitivo elevado. El *relato de naufragio*, por el contrario, deriva de una curiosidad en conocimientos de hechos menores, no grandiosos, que logran un feliz encuentro entre creador y lector, muy parecido al que se produce entre ambos en ciertos aspectos del periodismo moderno.

III

Descripción del pliego poético "Nave Trágica de la India de Portugal", de Francisco de Contreras, natural de Argamasilla de Alba.

El texto, objeto central de esta Comunicación, procede de la Biblioteca del *British Museum* (Sign. 1073.i.31). Lo conforman cien octavas, distribuidas en tres cantos (I, 38; II, 21, III, 41), en 4º, con los siguientes preliminares:

a) Dedicatoria a Lope de Vega, fiscal de la Cámara Apostólica;

b) Notas explicativas, como la licencia dada en Madrid por Luis Sánchez, en 1624; la facultad para que se imprima, que lo otorga Juan de Villa Zavallos, informante que ratifica el único dato que poseemos con relación a la biografía del autor: el lugar de su nacimiento. Siguen después la fe de erratas, que visiona el Licenciado Murcia de la Llana, y la tasación de cada uno de los ejemplares en cuatro maravedíes; y

c) La aprobación del mismo Lope "porque es verdadero suceso de que hablan las historias de Portugal, a quien imita en versos y estilo, digno de mayores años".

El énfasis retórico al autor y al poema prosiguen con las décimas de Mira de Amescua ("Nave infausta (en quien se atreve / Lasón que al Oriente espanta) / Segundo Valerio os canta ..."); de Rodrigo de Galiana; de Luis Ferreira ("La Nave que a luz sacais / Desde puerto tan remoto, / Dice muy bien que Piloto / Experto en ella os mostrais"); un soneto de un "amigo del autor" elogia el acoplamiento entre metro y fábula, para continuar con nuevas décimas de José de Samano, menino de la Reina; de Lope ("La Nave que a Portugal / Dio llanto en vez de tesoro, / Contreras con líneas de oro / Vuelve a Argos celestial") y de Pedro Ypenarrieta, Caballero de la Orden de Calatrava y Caballerizo del Rey.

En todos, el panegírico ha sido constante. Y en correspondencia al glosario de alabanzas, Contreras, en prosa, pone punto final a esta introducción con un texto destinado a Lope, donde más que explicitar la génesis del poema (hecho que hubiéramos agradecido), justifica los titubeos e indecisiones como creador algo inexperto:

> "En Piélagos de dificultades se embarca, solía cuando sobre saltos y tempestades, quien por sacar a luz sus trabajos, los pone en otro mayor, cansado de las olas de diversidad de pareceres, en que muchos padecieron para ejemplos de presumidos, miserable naufragio. Esta consideración ponía grillos a mi deseo, para que no diese un paso en el camino de la ejecución: pero por no agraviar mi confianza ni desacreditar la experiencia, no resistí al aliento que medio el considerar, que los que miran fijo y luciente norte, llegan a deseado puerto: y que si yo no perdía de vista el que fue siempre tan fijo en toda erudición, como luciente en agudeza y aplauso, como es el ingenio de V.m. sería semejante mi carrera a otras muchas, a quien valiéndose de este medio tan eficaz dio la felicidad el lleno que pedían sus deseos; el mío es que de este mi pequeño trabajo no aparte los ojos de la luz, que cual estrella ha de guiar, hasta darle dichoso puerto en las manos de la protección de V.m. a quien el cielo prospere en todo largos años."

IV

Verdad histórica/Verdad poética: Esbozo argumental a través de la "relación" y el poema de Contreras.

Sobrecargado de mercancías, el galeón "San Juan" se ve en la contrariedad de hacer frente a una tormenta, cuando se halla próximo a Tierra de Natal. Viajan en él, Manuel de Sousa, noble portugués, acompañado de su familia. Con los aparejos rotos, el timón destrozado, sin jarcia alguna y el viento y el mar que no les consienten ningún tipo de maniobra, Sousa y sus oficiales determinan arribar, realizando un remedio de velas con algunos tejidos depositados en las bodegas. Todo esto sucede el

8 de junio de 1552. Han transcurrido más de cien dias desde que partieron del puerto de Cochi.

Quien ha hecho la *relación* explica el imprevisto casi con un vocabulario de elementales conceptos marineros. Contreras, sin embargo, no renuncia a dar a sus octavas el matiz trágico de tan dramático tropiezo:

Relación	*Poema*
Y cuando venían arribando así que estarían a ciento treinta leguas del Cabo, viró el viento al Nordeste y al Estenordeste, tan furioso que los hizo otra vez correr al Sur y al Sudoeste; y con el mar que venía de Poniente, y el que hizo el Levante, metió tanto mar, que cada balanceo que el galeón hacía, parecía que lo echaba al fondo. Y así corrieron tres días ...	Salió furioso un cierzo de su gruta; Por la boca que sopla en Occidente, Con horrendo gemido, y saña bruta Acomete a la nave de repente /.../ Preñados montes de aguas y collados, La nave suben al oscuro cielo, De allí al profundo pasan anegados, Hallando un agua en otra instable suelo.

Cerca de tierra y sin posibilidad de proseguir el viaje, Sousa vuelve a tomar el parecer de su gente y decide varar. El desembarco, antes del total hundimiento, se hace en bateles y machúes. Están frente a tierras de cafres. Los primeros en abandonar la nave son el noble y sus parientes. Y Contreras vuelve a replicar la narración que era suscinta en el portugués, con una estrofa de versos encabalgados en los que persisten la imagenería retórica de octavas anteriores:

... En este tiempo, Manuel de Sousa, su mujer, e hijos, y obra de treinta personas estaban en tierra, y toda la demás gente estaba en el galeón. Decir el peligro que tuvieron en el desembarco el capitán y su mujer con estas treinta personas, es excusado; pero por contar historia verdadera y lastimosa, diré que a la tercera que la manchúa fue a tierra se perdió, en lo cual murieron algunos hombres ...	Salen primero del revuelto pecho El noble Sosa, y sus amadas prendas En breve esguife, que en cristal deshecho, Espuelas le es el viento, el remo riendas Y *por si mismos en fatal estrecho,* Como es propio sepulcro, son ofrendas, Juzgándose por muertos, aunque juntos, Y haciéndose honras como a ya difuntos. [II, 54]

Al amanecer del tercer dia que llevan fondeados, observan que la amarra del mar se ha cortado; el galeón queda sólo con la de tierra y el viento comienza a soplar. En la nave quedan más de quinientas personas. El gran "San Juan" se parte por la mitad:

... Del mástil para adelante un pedazo, y otro del mástil a la popa; y de ahí a obra de una hora aquellos dos pedazos se hicieron cuatro, y como las aberturas fueron destrozadas, las mercaderías y las cajas vinieron para encima, y la gente que estaba en la nao se lanzó, sobre la cajonería y madera, a tierra. Murieron, al lanzarse, más de cuarenta portugueses y setenta esclavos; la otra gente vino a tierra por encima del mar, y alguna por debajo, como a Nuestro Señor plugo; y mucha de ella, herida por los clavos y la madera. De allí a cuatro horas estaba el galeón deshecho, sin aparecer de él pedazo tan grande como una braza; todo lo echó el mar a tierra, con gran tempestad. Y las mercaderías que iban en el galeón, así de el rey como de particulares, dicen que valían un cuento de oro; porque desde que fue descubierta la India ... no partió de ella nao tan rica ...

Soplan, hieren, azotan, suben, bajan,
Acometen, porfían, entran, cruzan,
Vuelcan, trastornan, hunden, quiebran,
rajan,
Amedrentan, afligen, despeluzan:
Desbaratan, quebrantan, cortan, tajan,
Despedazan, deshacen, desmenuzan,
Suenan, resuenan, braman, gimen, laten,
Vuelven, revuelven, corren, vuelan,
baten.
[I, 28]

Señores, Capitanes, siervos, tropa,
Indios, pilotos, Pérsicos, grumetes,
Jarcias, amures, cables, proa, popa,
Bordes, gumenas, mástiles, trinquetes;
Perlas, zafiros, nácar, lienzo, ropa,
Velas, banderas, gavias, gallardetes,
Sondas, antenas, árboles, timones,
Ancoras, plazas, armas, espolones.
[I, 29]

Alcanzada la playa, Sousa y su gente inician la búsqueda de tierras ocupadas por cristianos. Hambre, sed y muerte parecen marcar el itinerario hasta la Aguada de la Buena Paz, descubierta por Lorenzo Marquez. El dramático cortejo lo forman el noble; doña Leonor; sus hijos y un número elevado de esclavos. Les precede a todos, el piloto Andrés Vaz, portando una bandera y un crucifijo. En la retaguardia, Pantaleón de Sá con el resto de los hombres y mujeres. En total casi quinientos, de los cuales apenas doscientos son portugueses. Así caminan durante un mes, careciendo de alimentos, pues ni los encuentran en los bosques ni quien se los pueda vender. Las desapariciones se suceden casi a diario.

Guerras contra los indígenas que hallan a su paso y, en ocasiones, interviniendo en contiendas internas de reyezuelos cafres, ocupa buena parte de lo que resta de historia. Para Manuel de Sousa la búsqueda del río de Marques, sin saber que ya se encuentran en uno de sus brazos, se hace obsesiva. Conseguir agua y algo que echar a la boca son empresas que, por atrevidas, hasta los más impetuosos rechazan. La autoridad del noble empieza a perder crédito entre la tropa diezmada. Contreras omite esta información, estimando, tal vez, que aún es pronto para que el héroe quede mermado ante el lector. Sin embargo, la figura de Sousa, fuera ya de su perfecto juicio y tal como nos la transcribe la *relación*, inicia la trayectoria ascendente de su dimensión heroica, pues esfuerzo humano y hazaña van en el paralelo justo marcado por Ariosto. Este testimonio hemos de tenerlo en cuenta porque de él va a participar la abnegada esposa.

Engañados por los jefes de tribus que les persuaden para que se repartan por aldeas y campamentos como única solución para subsistir, el desenlace es igual de trágico para todos. Lograrán reunirse, después de ser maltratados, pero faltándoles, además de armas, vestidos y alimentos, un capitán que les guíe, el desorden crea la confusión y con ella los deseos de salvación individual.

El relato finaliza, narrando ambos autores episodios de Sousa, que también robado y engañado, decide seguir la suerte de sus compañeros, adentrándose en bosques y sierras:

Y idoña Leonor iba ya tan débil, tan triste y desconsolada, por ver a su marido de la manera que iba, y por verse apartada de la otra gente y tener por imposible poder juntarse con ellos, que pensar en esto es cosa que rompe los corazones!

Donó la mano avara el ornamento
Preciso, aún liberal según su esencia,
Fuera de la ciudad alojamiento
Ofreció una arboleda a su paciencia:
Allí se juntan, callan, y habla atento
El semblante su mal, con elocuencia,
Que él sólo dice su presente daño,
Aumentando el dolor al desengaño.
[III, 81]

Los salvajes vuelven al ataque:

Yendo así caminando, volvieron otra vez los cafres a meterse con él y su mujer y con los pocos que iban en su compañía, y allí los desnudaron, sin dejarles cosa alguna sobre sí.

El bárbaro corrió con furia loca
A los ya de mil modos desarmados,
Ni aún espíritu da su seca boca,
Por no ser de si mismos ayudados:
El negro les robó la presa poca,
En que estaban en vida amortajados; .../
[III, 85]

Doña Leonor lucha por no dejarse desnudar, y aunque se defiende a puñadas y bofetadas, Sousa le ruega que desista, recordándole que nacieron desnudos y "pues era Dios servido de aquello, que lo fuese ella". La escena llega a límites melodramáticos:

Uno de los grandes trabajos que sentían, era ver a los dos niños pequeños, hijos suyos, delante de ellos, llorando, pidiendo de comer, sin poderles valer. Y viéndose desnuda doña Leonor, tiróse al suelo y cubrióse toda con sus cabellos que eran muy largos, haciendo un hoyo en la arena, donde se metió hasta la cintura sin levantarse más de alli.

/.../
Atónita Eleonor clavó los ojos
En si, y en sus hijuelos casi hierros,
Pide al cielo, favor, cava la tierra,
Y como va muriendo, asi se entierra.
Medio cuerpo cubrió en la dura arena,
Ya pálidos los mármoles más bellos;
Mas como los mató la vista ajena
Luego, aunque muertos, se enterraron ellos ...
[III, 87, 88]

Manuel de Sousa, aunque malherido, no olvida la necesidad que pasan de comer. Y estando aún cojo de una herida que los cafres le han hecho, se adentra en la selva a la búsqueda de frutas. A su regreso, encontrará a Leonor, débil de hambre y de llanto, y a uno de los niños, muerto. Al día siguiente sucederá lo mismo con la esposa y el otro hijo:

Dicen que él no hizo más, cuando la vio fallecida, que apartar a las esclavas de allí, y sentarse cerca de ella, con el rostro apoyado sobre una mano ... sin llorar ni decir cosa alguna ...; se levantó y comenzó a hacer una fosa en la arena con ayuda de las esclavas, y, siempre, sin hablar palabra, la enterró y al hijo con ella; acabado esto, volvió a tomar el camino que hacía cuando iba a buscar las frutas ... y se metió por el bosque y nunca más lo vieron. Parece que, andando por aquellos bosques, no hay duda de que sería comido por tigres y leones.

Ejercita piadoso, si bien mudo,
Fúnebre pompa a sus difuntas prendas,
Entierro comenzado acabar pudo,
Quien pudiera servir mejor ofrendas:
Pues daba espuelas el dolor agudo
A la muerte, después de largas riendas,
Tan absorto calló, que si le viera
El más mudo silencio enmudeciera.
/.../
Al bosque dirigió su curso al punto;
Pasmando su desdicha al sentimiento,
Dibujando fortuna un fiel asunto,
De su siempre constante movimiento:
No pareció, no es mucho, si difunto
Sepulcro en fieras halla, ellas sustento:
Musa pues todo falta, falte el canto
Que ya para llorar me falta llano.

[III, 96, 100]

En este punto, el escritor español decide poner fin a la poetización de la historia. Mas de la mano del que hizo la *relación*, aún conoceremos el epílogo: otro galeón llegó a aquel río; buscó y rescató a los portugueses perdidos, no pudiéndolo conseguir con Pantaleón de Sá, uno de los oficiales de Sousa que, durante mucho tiempo, anduvo vagando de acá para allá, hasta llegar a las puertas de una tribu cuyo rey estaba a punto de morir, enfermo de una pierna gangrenada. En su desesperación por adquirir alimentos, Pantaleón se fingió médico, consiguió sanar la llaga con cataplasmas de orines y barro, y lograr, en recompensa, su vuelta a Portugal. De Sá debió ser uno de los informantes más fiables de toda la tragedia que hemos venido contando.

Hasta aquí la crónica de un suceso que supo entusiasmar a poetas, entre ellos a un manchego del que poco, por no decir nada, se sabe. Queda sólo el dato de su amistad con Lope, de la que parece, ciertamente, enorgullecerse. Contreras trasvasó, como Corte Real (la confrontación de ambos poemas la proyectamos para un futuro muy próximo) y en casi un millar de versos, elementos que nos atreveríamos a catalogar de poco comunes en la siempre desconocida épica de nuestro Siglo de Oro: aquellos que encubren la estética del terror, a la que no fue ajeno el propio Lope. Detectarlos en su más fiel semántica, una vez desnudos del envoltorio mítico y metafórico en el que

se nos han expuesto; y analizarlos en su más estricta configuración estilística, parece prometernos un interesante debate en la admirable estructura de su retoricismo barroco. Lo mismo que situarlos ante ese doble postulado que marca y define el género en nuestra literatura: *verismo* y *verosimilismo*. Pero todo esto, desgraciadamente, no puede vertirse en una comunicación. Por ahora nos ha bastado con desenterrar el texto (no caemos, a pesar de su casi ignorancia, en el disparate de calificarlo como descubrimiento) y conexionarlo con una de sus fuentes: la del primitivo relato portugués. El nos ha facilitado claridades anecdóticas que el aparejo metafórico de Contreras hacían indescifrables. Sólo a partir de ahora podemos arriesgarnos a la atractiva aventura del estudio pormenorizado del poema castellano, en la seguridad que puede abrirnos algunas consideraciones sorprendentes que aúne la propia entidad poética, es decir creativa, del texto, con la afición de los españoles de los siglos XVI y XVII a leer, crear y recrear el género epopéyico. En esta triple aptitud que imaginamos en Francisco de Contreras parece confirmarse el no decaimiento de la afición épica en nuestro país, pese a que no queda lejos de nuestras hipótesis la de evaluar las intenciones de nuestro poeta como un mero ejercicio retórico en el que se expondrían la feliz concertación de los viejos con los nuevos moldes poéticos triunfantes.

NOTAS

1 Para un mejor conocimiento de las motivaciones acerca de este tipo de relatos, así como del modelo narrativo y su matriz literaria, véase, Giulia Lanciani, *Os relatos de naufragios na literatura portuguesa dos séculos XVI e XVII,* Lisboa 1979: Instituto de Cultura Portuguesa, Secretaria de Estado de Cultura.

2 Sobre la delimitación del público lector de estos relatos informa la misma Lanciani en el texto referenciado; y para el género épico en España, Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid: Turner, 1976, pp. 104-137.

3 El texto de la *Relación* fue incluido, entre 1735 y 1736, por el portugués Bernardo Gomes de Brito en *Historia Trágico-Marítima*. De él existe una edición actualizada por Neves Aguas en Publicaçoes Europa-America, Mira-Sintra, Mem Martins; y con anterioridad, una traducción española de P. Blasco Suárez, *Historia Trágico-Marítima (Selección)*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1948, cuya versión hemos utilizado en la confrontación argumental de Relación/Poema. Aunque no incluye la trágica historia de Manuel de Sousa, puede consultarse el pequeño muestrario de naufragios portugueses en *Crónicas e Memórias: Viagems e naufrágios célebres dos séculos XVI, XVII e XVIII.* 2 vols. Ed. por Damiao Peres, Porto 1937.

4 En el inventario de poemas épicos españoles (1550-1700) realizado por el Prof. Frank Pierce en *La poesía épica del Siglo de Oro*. Madrid: Gredos, 1968, el autor anota, sin ningún tipo de aclaración, que Francisco de Contreras se limitó a hacer una traducción abreviada del texto de Corte Real, no fijando el hispanista la procedencia de esta fuente y admitiendo que no ha podido disponer de las ediciones que él mismo cita del escritor español. Paradójicamente, sirviéndonos de sus datos, hemos empezado a trabajar con el texto remitido por el *British Museum*, a la espera de poseer el que se encuentra en la *Hispanic Society* de Nueva York. El estudio de ambos textos con el poema de Corte Real, proyectamos hacerlo en un futuro para poder ratificar o negar el carácter de dudosa traducción abreviada que le concede el Prof. Pierce.